

*giles*, que si Dios quiere y la tinta no se acaba, revelaremos más adelante. Ahora nos contentamos con entrar en la Academia, de donde no saldremos sin haber visto más de cuatro debilidades.

La primera, y no se dirá que hemos ido á buscarla, sino que ella sola nos sale al encuentro, es la *esposicion* misma. ¿Qué significa la esposicion pública de 200 cuadros de los cuales 150 valian más cuando estaban en blanco, y los 50 restantes son 40 retratos de particulares, cinco copias y cinco cuadros de composicion? ¿Qué buscan allí aquellas obras? Son targetas de anuncio que dan al público los jóvenes profesores para ofrecer sus respectivas habilidades. Son piezas de exámen que someten á la crítica de los inteligentes. ¿Quién premia aquellos trabajos? ¿Qué estímulo se ofrece á sus autores? ¿Quién compra, en fin, aquellos cuadros?

Nadie, lector, nadie premia, nadie estimula, nadie compra; los cuadros vuelven al estudio del artista, que por toda recompensa recibe la enhorabuena de un amigo que lo mismo le habria dicho en su propia casa. Luego está visto, que la misma esposicion pública es la primera debilidad de sí propia; pero como sin ella no ocurririan las otras debilidades, seguimos adelante y abrimos los ojos en el patio de la Academia, segunda debilidad del asunto.

En esta antesala de la esposicion han acertado á entrar á las diez de la mañana unos lugareños que aún no se atreven á salir, y son las dos de la tarde; yá se ve, hay unos colores tan vivos en la pared,

que los cuadros están diciendo, *comedme*, á todo el que los mira! Si por retrato se entiende todo cuadro que se pintó teniendo delante una persona, el patio está lleno de retratos; si no han de ser retratos hasta que prueben la identidad, no lo serán nunca. En esta parte del museo, como el génio está al aire libre y el arte idem, suele haber grandes cuadros de grandes composiciones. Mucho de moros y de cristianos; los primeros cubiertos de mantas, y los segundos vestidos de cota de malla que no parece sino que el pintor tomó por modelo las escamas de algun besugo; veinte y cinco ginetes montados en cuatro caballos huyendo de un castiño que siempre vá delante de ellos; fatigados por las nubes que tienen que ir rompiendo con la cabeza y sin querer llegar al primer término del lienzo porque ya en el último son más crecidos que las demás figuras del cuadro. Ante esas obras maestras se páran muchas personas de diferentes especies: tontos que tienen la virtud de confesarlo; nécios que tienen la osadía de negarlo; inteligentes que lamentan la pérdida del lienzo que ántes de pintarlo servia al ménos para una mampara; y gentes de buen humor que se alegran de que se haya llevado allí aquel cuadro siquiera por tener ocasion de sacrificar á su autor con una gracia.

—¡Famoso cuadro!... dicen los tontos primeros; qué propios están los moros!... con su turbante y *todo*.... Pues y los lanceros!... hasta lanza tienen!... Cuánto sabrá el que lo haya pintado!

Los que tienen la pretension de ocultar su ignorancia vacilan ántes de elegir el que ellos creen

verdadero punto de vista, y procurando hacerse oír de las personas que están á su alrededor esclaman:

—Lástima que este muchacho (ignoran si el autor del cuadro es joven ó viejo), no se haya detenido más en esta obra... El dibujo es algo incorrecto, pero están bien agrupadas las figuras, y hay mucha entonación y vigor en el colorido.

Si alguno les pregunta lo que representa el lienzo, se sonrien compasivamente y dicen señalando á los lanceros:—Que es una copia del famoso cuadro de las lanzas.

Las gentes del pueblo no saben apartar la vista de los *bodegones*, y sin tener en cuenta que la intención del artista fué pintar una perdiz, dicen que la gallina está tan propia que no le falta sino cacarear para salirse del cuadro.

Los salones del piso principal son los que encierran lo más notable de la esposición, y sin embargo, la mayor parte de los cuadros que en ellos se encuentra debieran haberse ahorrado el trabajo de subir la escalera quedándose en el patio. Aquí las obras inmortales de Murillo, Ribera, Velazquez, Zurbarán, Cano, Morales, Ricci y Carducho, nos obligan á entrar sombrero en mano, entre porteros y centinelas, para ver los trabajos de nuestros pintores contemporáneos. *La sala del trono*, donde se colocan los cuadros de los profesores de cámara de S. M., está llena de gente á todas horas, y al ver la uniformidad de opiniones cualquiera diria que todos llevan formado de antemano el juicio sobre aquellas pinturas. Efectivamente, nadie se atreve á discurrir por sí, y

si á una gran parte de los concurrentes se les enseñara allí el peor de los cuadros del patio, saldrian diciendo que era una obra maestra. Tal es el influjo de la voz pública en cuestiones de esa especie. Pero á nosotros no nos toca dar ahora nuestra opinion ni sobre las reputaciones adquiridas, ni sobre el mimo con que el público las trata, con grave lesion muchas veces de su propio criterio; los cuadros que vamos á ver no son los pintados en el lienzo, sino que los que están por pintar aún y pueden llamarse con razon cuadros vivos ó *cuadros al natural*.

*El héroe al óleo*, que para revelarnos su existencia ha tenido necesidad de mandar su retrato á la esposicion, pasa todas las horas del dia en los salones de la Academia, vestido con el propio trage que sirvió de modelo para el cuadro. Sus amigos le encuentran y le dicen:

—Yá le he visto á vd. retratado; le han hecho á vd. poco favor.... representa vd. veinte años más de los que tiene.

*Otro.*—¡No se quejará vd. del pintor!... lo ménos le ha quitado á vd. diez años.... pero le ha puesto á usted demasiado grueso.

*Otro.*—Hombre, he conocido que eras tú por la levita; pero no te se parece nada al retrato!... Qué delgado!... Qué sério!... Y luégo aquellos ojos azules!... Vaya, se ha lucido el pintor.

*Otro.*—No sabía que estabas en la esposicion; pero te he conocido al momento.... lástima que te hayan puesto aquellos ojos tan negros y demasiado risueño.... Tu fisonomía es grave.... ¿Díme, dónde

diablos te has hecho aquella levita, que parece un saco?... Si los pliegues de la manga son invencion del pintor, ha desacreditado el sastre que te viste.

Frente á un retrato de cuerpo entero y tamaño natural de una señora jóven y hermosa, se presenta otro cuadro de los pertenecientes á nuestro museo vivo. Tres señoras y tres caballeros, en grupos distintos, juzgan la obra del modo siguiente:

*Ellas.*—¡Cómo es posible conocerla si la han quitado doce años de encima!... Y qué cútis tan fino, cuando el suyo parece papel de lija!... Y qué colores tan hermosos.... ella que es amarilla como la cera!

*Ellos.*—Este pintor no es de los que adulan.... la marquesa tendrá que esconder su retrato hasta que pasen dos años, y entónces quizás esté parecido.... vaya un cútis ordinario.... y parece que ha tenido viruelas.... Pues y el color de las megillas!... éste es un busto de yeso más bien que un retrato.

*Ellas.*—¡Pero hija, que ojos tan hermosos!... dónde los habrá alquilado la marquesa!... Y qué lujo de cabello!... como estaba abundante la pintura, no se la conocen las calvas.... Si tuviera esas manos tan pequeñas, más baratos la daría los guantes el guantero.... Pues dónde me dejás el talle!... No es ni la mitad del corpachon que tiene.... vaya, que el pintor es uno de sus mejores amigos.... por mucho dinero que le dé, no le paga.

*Ellos.*—No sé cómo se ha atrevido el pintor á copiar los ojos de la marquesa.... así han salido ellos.... pequeños y sin espresion ninguna.... Pues no digo nada del cabello, que parece lleno de calvas

por el modo con que están vertidas las luces.... ¡Y qué manos!... parecen sacos de arena.... El talle es lo mejor, pero algo ménos robaria la modista si ese fuera el cuerpo de la marquesa....

Poco más ó ménos son todos los cuadros vivos que forman el reflejo de los pintados; otros se presentan más sencillos, y nuestros lectores habrán tenido ocasion de ver algunos de ellos.

—Escelente retrato, dice un caballero, parándose delante de un cuadro; el parecido es admirable; sus mismas facciones.... su sonrisa burlona.... en fin, está hablando.

—¿Tiene vd. la bondad de decirme quién es el retratado? pregunta cándidamente un recién llegado de provincia?

—No lo sé, respondió el interpelado.

—¡Cómo decia vd. que estaba tan parecido!

—Y lo repito.... no he visto nada más parecido á sí propio; ponga vd. delante del cuadro un espejo y verá dos copias exactas.

Una madre acompañada de su hija, recorre con ansiedad todas las salas de la Academia.... busca una cosa y no la encuentra.... se pára delante de todos los retratos de hombre, y baja por fin desesperada á la calle. Al salir se encuentra, como de costumbre, con un jóven alto y delgado, que desde que se enamoró de la hija es la sombra constante de la madre, y le dice:

—¿No me dijo vd. que estaba su retrato en la esposicion?

—Sí señora.

—Pues le han quitado, porque he mirado uno á uno todos los cuadros, y no le he visto.... ni mi hija tampoco.

—Yo sí, mamá.

—No haga vd. caso, amigo; se ha empeñado en que era el retrato de vd. uno de medio cuerpo, con trage de majo que está en la sala segunda, y se le parece á vd. como á mí.... Es un hombre grueso, buen mozo, robusto y colorado.

—¡Ah! sí, el mayoral de la torada de Gaviria, dice el novio abrasado de ira.

—¿En qué sala está el retrato de vd.? pregunta la presunta suegra.

—En la última, junto á una señora vestida de azul.

—Allí no hay más que un caballero grueso, con la cara hinchada y los ojos saltones.... por cierto que tiene una camisa que parece un tahalí dado de albayalde. Y qué manos con sabañones!... y qué levita con ahuecadores!... Qué facha está el buen señor!...

El presunto yerno vá palideciendo con el relato de la mamá, hasta que irritado de oír aquella sarta de exclamaciones, interrumpe diciendo:

—Pues bien, señora.... ese es mi retrato.

—¿De véras?

—Lo que vd. oye.

—Pues no se lo diga vd. á nadie, y todos le guardaran el secreto.... Y si lo coloca vd. en la sala de su casa, diga vd. que es un retrato de familia.

Otra, por el contrario, sale de la Academia, y en el portal encuentra un amigo á quien le dice:

—Acabo de verlo á vd.

—¿Dónde?

—Arriba, replica sonriendo.

—Es imposible, señora, porque llego en este momento.

—Está vd. muy parecido.... hablando.

—Pero espíquese vd.

—¿Quiere vd. que le regalen el oído?... pues sea; es de los mejores retratos que hay en la esposición.... algo ordinario el pincel, pero el parecido admirable.

—¿Pero qué retrato es ese, señora?... mire usted que yo no me he retratado en mi vida!

—Ha hecho vd. bien en no decirnos nada; así tiene más mérito haberlo conocido. Lo que no apruebo es que se haya vd. retratado con la toga.

El amigo se echa á reír y dice:

—¿El retrato de que vd. me habla, está en la sala primera junto al de una bailarina?

—Sí señor, no se ría vd.

—¿Y no quiere vd. que me ría, señora? pues si ese es el retrato de un juez de primera instancia de no sé qué lugar de Castilla.

—Pues amigo, se parecen vds. como dos gotas de agua.

—Á otras dos gotas de agua, señora; porque él es rubio y yo soy moreno; él tiene 50 años y yo 25. Espero que otra vez me mire vd. con más caridad.

No acabaríamos nunca si hubiésemos de copiar todos los cuadros que forman las gentes que acuden



á ver los de la Academia, pero bastan los citados para dar al lector una idea de lo que pasa en la exposicion. Si la quiere más exacta, tómesese la molestia de leer los juicios críticos en que se dá cuenta de las obras presentadas. Prescinda de la historia de la pintura, preámbulo con que todos consideran de rigor encabezar sus artículos, y oiga á los unos decir:

*Ningun año se han presentado ménos cuadros, pero jamás hemos tenido la satisfaccion de ver mejores obras.... nuestros pintores han dado pruebas de que son dignos de haber nacido en la pátria de los Murillos y los Velazquez.*

Hablando del mismo asunto, de la misma exposicion y de los mismos cuadros, dice otro periódico:

*Nunca hemos visto mayor número de cuadros en la exposicion de la Academia; pero entre tantas obras ni una siquiera encontramos digna de ocuparse de ella con detencion.... Velazquez y Murillo se avergonzarian, si resucitáran, de ver el estado en que han puesto el arte los que han tenido la osadía de seguir sus huellas.*

Si de los periódicos pasas á los cafés donde se reunen los autores de los cuadros, la decoracion es otra, querido lector, pero la escena es la misma. Aquellos cuadros, *pintados por sí mismos*, no son más caritativos consigo propios que lo fueron los estraños. Divididos los artistas en bandos, todas las obras son á su vez absolutamente detestables y malas, ó decididamente sobresalientes é inimitables.

Pero á tí, lector, ahora que me acuerdo, te debe de importar muy poco de esos cuadros y de esos

juicios: tú y yo somos el mejor cuadro del mundo, cuando nos comunicamos por medio del telégrafo de Gutemberg, que á pesar de los años y de las reformas, sigue siendo el mejor de los inventos conocidos hasta el dia. Hace nueve meses que hemos entablado nuestra correspondencia, y en todos ellos he procurado darte lo mejor de lo mejor que habia en mi tintero, sin cuidarme de saber si tú te habias tomado la pena de leer mis escritos. Miétras no salga de esta duda me permitirás que suspenda este artículo, en el que, bien mirado, nada me resta que decir.

Terminadas las férias, ningun acontecimiento notable ocurre en el presente mes, y todas las calles y plazas de Madrid quedan silenciosas y desiertas como el interior de los teatros en Semana Santa. En la plaza de la Constitucion, la estatua ecuestre de Felipe III oculta á las gentes el sitio donde el 21 de Octubre de 1621 se alzó el cadalso para quitar la vida á D. Rodrigo Calderon. Como dice cierto pacientísimo capellan que tuvo la admirable calma de escribir una *poesía* para cada efeméride de todos los dias del año; la de este suceso no es de las peores y dice así:

«En la plaza de Madrid  
 en un cadalso hoy murió,  
 el marqués de Siete Iglesias  
 don Rodrigo Calderon.»

¡El monarca le quitó la vida en un suplicio y el  
 capellan la fama en una copla!

## XI

## NOVIEMBRE

¿Qué significa el lúgubre tañido de esas campanas que conmueve la tranquila atmósfera del Otoño? ¿Lloran los campos sus perdidas galas, avisándonos para los funerales de la vegetación? ¿Es día 1.º del penúltimo mes del año, la<sup>a</sup> plañidera alquilada por sus antecesores para llorar el tiempo perdido? ¿Serán tan sordos los amigos del difunto que no acudan prontamente al llamamiento pertinaz de ese incesante clamoreo? Pocas simpatías tuvo en este mundo el alma que ha pasado al otro, cuando tantos avisos necesitan los fieles para rogar á Dios por su alma. Al ver lo que tardan en dar sepultura al cadáver, cualquiera diría que habia fallecido la *avaricia* ó la *calumnia*. No parece sino que ha dejado de existir la *buena fé* ó la *caridad*, puesto que no se halla quien vierta una lágrima sobre esa tumba.

El eco funeral de las campanas, que se mece constantemente en el aire renovándose con melancólico compás, como las olas que rugen embravecidas hasta perderse silenciosas en la llanura,

nos obliga á preguntar con el insolente don Félix de Montemar: *¿Á quién llevan á enterrar?*

—Á vuestros abuelos.... á vuestros padres.... á vuestros hijos.... á vosotros mismos, nos dice una voz misteriosa.... y las campanas siguen doblando á muerto.

Cien lacayos vestidos de gala y cargados de cirios mortuorios, marchan con paso perezoso y tardo hácia el cementerio.... Es excesivo el número de los herederos, para que sea verdad que se trata de nuestro entierro.... la voz nos ha engañado.... Sigamos esa inmensa concurrencia y lleguemos con ella á las puertas del Campo Santo.... Todos llevan la risa en los lábios y el luto en la ropa.... Ellos son los parientes del difunto. La voz nos ha engañado, repetimos; no somos nosotros la víctima propiciatoria de este entierro.

Las gentes devoran con apetito las meriendas que llevan á prevención y se atropellan por entrar en el cementerio. Entremos con ellos, aunque no los imitemos en lo de saltar y dar aullidos en derredor de los sepulcros que van á profanar con los desperdicios de sus manjares.

Averigüemos primero quién es el difunto. El vivo que guarda con llaves y cerrojos á los que aquí yacen, nos sacará de dudas.

—¿Sabrá vd. decirnos quién ha muerto? Debió de ser persona muy principal, cuando tanta gente acude al entierro.

—Hoy no muere nadie, ó mejor dicho, hoy no se entierra á nadie, nos respondió el carcelero sacu-

diendo el manajo de llaves que tenía en la diestra; hoy celebra la Iglesia la *conmemoracion de los fieles difuntos*, y vienen todos los fieles vivos á llorar sobre la tumba de sus parientes y de sus amigos, y á pedir á Dios por todos los hijos de la cristiandad.

—¡Quién no tiene una persona querida á quien llorar difunta!... exclamó una señora, comiendo un dulce en el primer pátio del cementerio.

Nosotros hubiéramos querido ahorrar con nuestra vida aquel sarcasmo á los que nada piden al pueblo, que con insolente curiosidad acude en bulliciosa romería á turbar el silencio de los sepulcros.

Dimos un paso para huir de aquella profanada mansion; pero luégo decidimos quedarnos á ver si la gente enmudecia y temblaba á la vista de aquellos elocuentes y terribles epitafios.

Nos engañó el deseo.... Leyendo y comentando con risa burlona las inscripciones de las sepulturas, visitaron todos los rincones del cementerio. La escesiva concurrencia hizo que no pudiésemos girar á nuestro albedrío, y no pudimos librarnos de oír las siguientes frases:

—Mira, chica, aquí está la sepultura de aquella presumida que iba al Prado.... Tiene palma, y murió á los cincuenta y pico!

—Oyes, qué lujo tiene el sepulcro del marqués de.... Mejor hubiera hecho la marquesa en pagar las deudas que ha dejado. Pero con este boato ha logrado atrapar al que hoy es su esposo. Muchas

lágrimas!... y se ha vuelto á casar antes del año de estar viuda.

—Calla, tambien está aquí don N...! por eso hace tanto tiempo que no le encuentro en ninguna sociedad. Pobrecillo....

—Allá nos espere muchos años.

—¡Sabes que no encuentro el sepulcro de tu vecina! y tengo curiosidad de ver la lápida para saber la edad que tenía.... lo ménos se quitaba doce años.

—¿Quieres que te diga quién es este *modelo de esposos y buen padre de familias*?... pues es aquel señor de quien me has oido hablar tantas veces que se separó de su muger á los tres años de casado.

—¿Quién será este tonto, que se ha contentado con poner sobre el sepulcro su nombre como si fuera tan conocido como Napoleon?

Abriéndonos paso por entre la multitud, para no seguir oyendo aquellas implacables necrologías, buscamos la salida del cementerio. Miétras lográbamos respirar al aire libre, oimos los siguientes comentarios estadísticos:

—Mucha gente ha muerto este año.... es preciso cuidarse.

—He observado que la muerte ha cargado la mano en las mujeres....

—Es el género que más abunda, y aún no hay escasez de ellas.

—Pero hombre, lo que me ha llamado la atencion particularmente es el número de niños

que han fallecido...! Ha sido una mortandad horrosa.

—La generacion futura tendrá ménos empleados que la nuestra.

Por fin salimos al campo; en el camino oimos otros tantos sufragios como los anteriores, y al entrar en la poblacion las campanas seguian doblando á muerto.

Era la hora del crepúsculo vespertino, y las gentes que se habian disputado la entrada en los cementerios se agolpaban á las puertas de las *buñolerías*. Los lacayos que habiamos visto cargados de cera para quemarla delante de los sepulcros de sus amos, corrian cargados de bateas de dulces y fuentes de buñuelos á servir el ambigú á los amos vivos, huérfanos de los difuntos del cementerio.

Entramos en nuestra habitacion, creyendo que habia sido un sueño lo que acabábamos de ver, y nos hallamos con la siguiente esquila de convite:

«Hoy no hay teatro con motivo de la solemnidad del dia. La señora viuda de.... espera que tenga usted la bondad de acompañarla esta noche á comer los *consabidos buñuelos*, propios de la solemnidad del dia.—A las diez; trage de sério.»

Nuestra primera resolucion fué no asistir al concierto, pero llegó la hora y el deseo de averiguar si era cierto lo que habia ocurrido durante el dia, ó lo que se nos anunciaba para la noche, nos llevó á la casa del festin.

Acudimos algo tarde y yá estaba la sala llena de convidados, aplaudiendo el talento de una de las

señoritas de la casa que con el mayor desembarazo acababa de cantar al piano unas canciones andaluzas. Siguieron despues otras piezas de música; bailaron los jóvenes un rato, y á la una de la madrugada pasamos á la pieza del ambigú. La mesa estaba cubierta de esquisitos manjares, y en el centro descollaba una enorme fuente de buñuelos. Todos los convidados soltaron una estrepitosa carcajada al ver aquel incitativo del aguardiente, y la señora de la casa esclamó:

—Amigos, es preciso; hoy es dia de comer buñuelos.

—Es claro, gritaban á la vez muchos de los convidados, esto es muy *gráfico*.... Costumbre inveterada de nuestros mayores....

¡De los mayores, por cuya memoria se suspendian los espectáculos públicos, y cuyos sepulcros habian visitado horas ántes de sentarse á cenar!

La viuda *hizo los honores* de la casa mortuoria con amabilidad y alegría, y cuando nos retiramos de la fiesta eran las cuatro de la madrugada.

Las campanas de las iglesias volvian á tocar á muerto....

El lector nos dispensará que no le digamos más del *dia de los difuntos y de los buñuelos*.... Las reflexiones que nos ocurrieron en aquel momento las escribimos en papel separado por creerlas impropias de este artículo, que dejamos por hoy suspenso. Para seguir la crónica de este mes necesitamos que pasen algunos dias y formar artículo separado.

. . . . .



Catorce dias han trascurrido desde que arrojamos la pluma, y en ellos afortunadamente nada ha sucedido que nos obligase á cogerla de nuevo. Difícil nos hubiera sido hacerlo bajo la terrible impresion que nos causó la revista del primer dia del presente mes. Hemos necesitado que entre estos dos artículos se haya interpuesto ese gran espacio para poder continuar la crónica de este mes, partidos en dos mitades, siguiendo la moda de este siglo de las segundas partes, en que apénas hay cosa que no se divida y subdivida hasta soltar el último átomo del último quilate de la quinta esencia. Y esto de la quinta esencia, ahora que me acuerdo, debió de inventarse en la infancia de la química, porque yá hoy sacamos á los cuerpos más simples no yá la quinta esencia, sino la millonésima parte del millonésimo quinto átomo de la millonésima quinta esencia. Díganlo si no los médicos homeópatas, ó mejor aún sus enfermos, que lo sabrán muy bien, á pesar suyo quizás.

Y despues de todo esto, querido lector, te aconsejo que no quieras sacar la quinta esencia de lo que llevo dicho, porque te quedarás punto ménos que si la medicina Hahnemannianna, te administrase un átomo indivisible de sus imperceptibles glóbulos. No exprimas las líneas pasadas, y consuélate con las que voy á escribir, si quiere Dios que acierte con la manera de terminar las presentes. Me hallo tan embrollado con esta segunda parte, que tal vez suceda que no acierte á escribirla, y entónces haré á tus ojos la triste figura.

Pero tate, lector amigo, que esa última palabra me ha dado la manera de salir del compromiso, y me conduce triunfante al monte del Pardo, teatro, hoy 15 de Noviembre, de nuestras tareas. Acordándome del caballero de la *Triste Figura*, he cogido un puño de bellotas, que si al buen don Quijote le sirvieron para improvisar un discurso sobre el siglo de oro, á mí me han inspirado las siguientes líneas:

Es el caso, lector, que si cuando la iglesia celebra la conmemoracion de los fieles difuntos, comen los fieles vivos buñuelos, hoy que celebra la festividad de San Eugenio, arzobispo de Toledo, los que en Madrid vivimos, á comer bellotas estamos obligados; y hé aquí por qué, sin pensarlo ni saberlo, puse yo el dedo en la llaga, al llenarme la mano del *suculento* fruto de la encina.

Supongo que tú no querrás ni la esplicacion botánica del árbol, ni la del fruto, ni mucho ménos la del origen de esa costumbre; cosas todas que á la costumbre misma sé yo que no la importa un ardite averiguarlas. Te contentarás con saber algo del festin de las bellotas, como parte integrante de estos artículos, que yo he tenido la paciencia de irte describiendo, sin pararme nunca á averiguar si tú has tenido la virtud de seguirlos leyendo; y cosa es esta que muchas veces he estado á punto de preguntarte, y que ahora no me estorbaria saber si no temiera un desengaño. Por otra parte sospecho que estoy demasiado hablador, y que si por casualidad me estuvieres oyendo tendrías razon para llamarme al orden y decirme:

—Al grano, al grano.

Pero como el grano es hoy la *bellota*, y la bellota es una fruta con cáscara, resulta que ántes de comerla es preciso mondarla. Yo bien sé que estos preliminares te serán enfadosos, pero no está en mi mano ahorrarte esa molestia, y mayor es la mia, que para poder mondar el fruto tengo precision de ir á cogerlo al árbol. Verdad es que no estoy solo en esa operacion y que mal de muchos, consuelo de todos, pero si no fuera por tí, no me veria yo en el caso de ser uno de tantos como hoy acuden al real sitio del Pardo á celebrar la fiesta de San Eugenio.

Alquilados desde la víspera todos los carruages de Madrid, véome obligado á hacer á pié la romería, para comer á dos leguas de la córte una docena de bellotas, y traer otras tantas, en testimonio de ser un madrileño leal á las costumbres de sus antepasados. El carnicero que me nutre, ó que pretende hacerlo, y no es lo mismo; su compadre el fresquero, que me gasta en vinagre más de lo que valen sus pescados podridos; el zapatero, que se encarga de cultivar mis callos; el sastre que me prensa; la moza que me almidona; la cigarrera que convierte en humo mis monedas; la criada que yo mantengo á nombre de mis enemigos, y otros tantos y tantas que componen el pueblo que llamamos bajo, los que creemos hallarnos en las alturas, todos llegan al monte del Pardo despues de haberme arrojado á la cara el polvo de sus carruages. Yo llego allí rendido de andar, cuando ellos lo están de

haber bailado. Suena la hora de la bellota, y cada cual sacude una encina, recogiendo con ánsia el sabroso maná que cae de los árboles, y cuyos desperdicios tiene subastados á su favor el animal de cuya carne vivimos, y que por decoro jamás nombramos. Parece imposible que la Academia de la Lengua no se haya ocupado de variar el nombre al autor del tocino, puesto que el buen gusto ha tenido la extravagancia de proscribir el que hoy tiene. Quizás hayan tenido los académicos pensamiento de hacerlo, pero ninguno se habrá atrevido á indicarlo, por no dejar de ser persona pulcra y comedida.

Recogido el fruto que ha de servir de postre, se reúnen las familias, y se cubre el monte de comidas y meriendas. Las menestralas de rumbo, cubierto el cuello de piedras, y llenas de oro las manos, arrojan los ricos pañuelos de Manila sobre la verde yerba, ó los atan despiadadamente á la espalda haciendo un nudo con las dos puntas, que cada una vale dos mil reales. Las costosas mantillas de terciopelo sirven de asientos á sus esposos, y las finísimas capas de éstos son las alfombras en que ellas pisan. El lujo de las comidas no consiste en el servicio de la mesa, sino en la abundancia y el valor de los manjares.

Terminado el banquete, álzanse los manteles, pero no se recogen las provisiones que sobraron, y los pobres son invitados para disfrutar de aquel botín. Vuelven á bailar hasta que el sol les avisa que se vá con la linterna á otra parte; á cuya hora se acomodan en los carruages, y vienen haciendo

apuestas de celeridad, á fuerza de dar propinas á los caleseros, á parar á la puerta de un café, donde termina la broma, si no hay baile y cena dispuestos en casa de algunos de los concurrentes.

Así acaba la famosa romería de San Eugenio, y con ella los acontecimientos notables del penúltimo mes del año. El día 30 es la fiesta de San Andrés apóstol; pero esto, bien mirado, sólo puede interesar á los que, como yo, tienen un amigo de ese nombre. Los demás se cruzan de brazos, se arriman al fuego y desafían desde el hogar los rigores del próximo Diciembre.

## XII

### DICIEMBRE

Los vientos frios que llegan á la poblacion, despues de haber atravesado las gargantas de la sierra, vienen á inaugurar el reinado del último monarca del año.

La cuadragésimanona dinastía del siglo XIX nos ofrece el último de sus vástagos, más para residenciar á sus antecesores que para establecer nuevas formas de gobierno en la república del tiempo.

El mes de Diciembre viene á pedir cuentas á los

mortales de lo que han hecho y de lo que han dejado de hacer. Todos le presentan un extracto de cuenta corriente para que les dé su conformidad ó haga los reparos que juzgue oportunos. Treinta y un dias de plazo concede el monarca para las liquidaciones, y sin embargo no hay una sola persona que merezca el visto bueno en el libro mayor de sus operaciones. El capítulo de los gastos es mayor que el de los ingresos, y hay personas que están declarados en quiebra desde el mes de Julio. Todas han gastado el tiempo sin haber hecho nada de provecho.

La tierra pide tambien una página blanca, con la que cubre los restos de la vegetacion. Los amarillentos cadáveres de sus hijos, desprendidos del seco tallo que les dió el sér, son exhumados por la nevada alfombra que humedece la tierra, obrando una benéfica reaccion en sus endurecidas entrañas. En esa blanca cubierta escribirán los meses de Marzo, Abril y Mayo la historia de la vegetacion del año próximo.

Entretanto, el aspecto que ofrecen los campos el día 1.º de Diciembre, es desconsolador y triste. El blanco ropaje con que aparece envuelta la naturaleza para la proclamacion del nuevo monarca, anuncia una dictadura horrible é implacable. Los labradores han de comprar con el sudor de su cuerpo la libertad de las tierras que cultiva su brazo; los árboles han de sufrir amputaciones peligrosas para conservar su existencia; las semillas han de rasgar su seno para producir nuevas plantas, y la tierra ha de cubrirse con las banderas del inflexible dicta-

dor, hasta sudar nueva sávia que ablande sus entrañas y engalane de flores su marchita epidérmis.

La inocente paloma que se durmió tranquila en el torreón del palacio desconoce el lugar en que abre los ojos la madrugada del día 1.º de Diciembre, y en vano busca los sitios en que solía hallar su alimento. Los pájaros no se atreven á dejar el nido porque el viento que sale á recibirlos les paraliza los remos con que hendian el aire. Las fieras corren el bosque en busca de los lugares donde acostumbran á cazar sus víctimas, y rugen desesperadas de no hallarlas, y de no atinar con la senda que conduce á sus guaridas porque la nieve ha borrado las huellas que otro tiempo las sirvieron de guía.

El campo está desierto. Por todas partes los blancos límites de la tierra parecen estar unidos con las nubes preñadas de nieve. El soñoliento aldeano que abre su modesta choza para saludar el alba, queda deslumbrado ántes de haber visto la blanca alfombra que le turba la vista. Los débiles rayos de luz son rechazados por la nieve y buscan un cuerpo oscuro que los absorba. Pero el labriego sabe su obligación, conoce que la tiránica dictadura es por desgracia indispensable, y á pesar del viento que le arroja á la cara la esencia, por decirlo así, de la nieve en átomos imperceptibles, dispone su par de mulas, agarra el timón del arado y sale de su hogar á romper la tierra para disponerla á fecundizar el grano. Por cumplir los deberes que le impone la estación, no siente separarse de la vivificante llama que abriga su reducido aposento, y con heroica reso-

lucion se separa de la esposa, que queda alrededor de la hoguera disponiéndole la comida que ha de repararle la vitalidad que está seguro de perder en su trabajo. Cuando yerto de frio se entrega á las faenas del campo, vé perdido en medio del puerto un carruage de gente que huye en posta de los rigores de la naturaleza, y corre á enseñarles la senda más corta para que lleguen cuanto ántes á la poblacion, donde los recursos del hombre han burlado en parte los designios del Criador.

Ese es el cuadro que ofrece el campo en el mes de Diciembre. En la Côte es otro el panorama que cobija el mismo cielo.

El humo que vomitan las chimeneas de las casas, suspendido en la atmósfera donde se dilata lento, impide ver la nieve que cubre los tejados de los edificios. Cien hombres barren la blanca alfombra que cubre las calles, para facilitar el tránsito de los habitantes, miéntras éstos duermen ignorantes del cambio ocurrido en la atmósfera. Los serranos sacuden la nieve que cubre la leña que partieron en medio del nevado monte, para que esté más pronta á arder en la chimenea del alfombrado gabinete, que recibe la luz del dia á través de dobles vidrieras. Capas de estiércol cubren las aceras para llevar el calor á las plantas de los cortesanos, y á las doce del dia abren los balcones para que goce la vista del nevado panorama del campo, cuyo frio aliento no puede apagar el fuego de la chimenea guardado en tubos de hierro que lo comunican á la habitacion.



Pero la diferencia de ámbos cuadros no exime al de la Côte de ser enteramente distinto del que ofrecia en las estaciones anteriores.

Secas las plantas que adornaban los balcones, y relegadas detrás de los cristales las hermosuras que se entronizaban en aquellos aromáticos jardines, la vista no halla siquiera una cortina que engañe su deseo y le haga creer oculto lo que en realidad no existe. Las niñas que engalanaron con sus gracias el verdor de la Primavera; las que perfumaron su esbelto talle con los aromas de las flores; las que ocultaron bajo su breve pié los despojos de los árboles, galvanizando la vegetacion con sus abrasadoras miradas, han desaparecido yá de entre nosotros.

Es inútil buscar en los paseos aquella espalda desnuda que el pudor aparentaba cubrir con la engañosa blonda; la graciosa bota de raso que ajustaba el pié, ha tenido la debilidad de cubrir una calceta de lana, y de encerrarse en un chanclo de cuero; el talle inverosímil, ceñido apénas por un raso ligero, se presenta fajado de terciopelo, y los bellos contornos del cuerpo que se dibujaban en los sutiles crespones de la India, gimen cautivos en oscuras mazmorras cargados con las pesadas pieles de Rusia.

Los tupidos velos caidos sobre el rostro, apagan la abrasadora mirada de los ojos negros, y los azules buscan en vano la salida de sus sensibles rayos por entre la trama de aquella enfadosa celosía. La blanca mantilla de tul, no se prende

yá como los velos de las vestales sobre la negra y brillante cabellera de las bellezas georgianas; las flores no saltan del tallo para lucir sus encantos entre los dorados rizos de las lindas alemanas, y el trasparente horizonte, cuya pureza se reflejaba sobre nuestras hermosas, aparece cubierto de opacas nieblas que absorben todas las gracias de la obra más bella de la creacion.

El animal más bello que Dios ha criado en este mundo, como ha dicho un poeta, á quien la diosa Vénus le perdone la galantería, se ha retirado yá de las calles y de los paseos; ha sufrido un desaire de sus amantes el sol y el campo, que no la arrojan como solian flores galanas, y los ha dado calabazas encerrándose temporalmente en una clausura. Cubiertas sus cabezas con los sombreros franceses y el cuerpo con un pañuelo de capucha cuya punta arrastra por el suelo, las mugeres semejan en los paseos del Invierno á aquellos regimientos de pajaritas de papel que formábamos sobre una mesa cuando niños.

Semejante desgracia ha debido llamar seriamente la atencion del hombre, que sin su fiel compañera le parecen iguales (todas malas) las cuatro estaciones del año. Él por su parte gana en vez de perder en la estacion del frio; el hombre está mejor cuanto más encubre su figura; su belleza es negativa y mejor parece embozado en una capa, que luciendo sus formas con trages ajustados y esbeltos. Pero, repetimos, que él por sí no es nada, y que su mérito artístico consiste

en dar mayor realce á las mugeres, sirviendo de contraste á su hermosura; y ha sido tan sábio en este punto, su egoismo le ha inspirado tan atrevidos pensamientos, que luchando á brazo partido con la naturaleza y con los elementos atmosféricos, ha logrado sacar partido de la obstinada dictadura del Invierno, para dar mayor atractivo á los goces que en vano han querido disputarle.

La estacion más triste del año la ha convertido en la más alegre, multiplicando en ella los placeres con una variedad voluptuosa y sin límites. Los bailes, los teatros, los conciertos y los festines, son las tareas continuas que le hacen olvidar las penas á que le condena el último juez del tribunal de *los Doce* y se rie de la sentencia, como el preso que ha escalado la cárcel, cambiando el calabozo por un edem.

Las alfombras de sus palacios le hacen reirse de la nieve que cubre los campos; sus luces de gas no le hacen temer la oscuridad de las nieblas; desprecia delante de los espejos las cristalinas aguas del arroyo; las estufas le dan flores á despecho de los hielos; el termómetro le marca la temperatura que conviene á su bienestar, y las esencias que estrajo de las plantas le permiten embalsamar la atmósfera que respira, con los aromas del pensil.

Dispuesto así su paraíso artificial; desencadenados por el salón los torrentes de armonía y los ecos dulcísimos del canto con que olvida los trinos del ruiseñor y los gorgoros del pintado gilguerillo



que oyó en el Verano, se abren las puertas del edem á la reina del festin.

Las hermosas arrojan las pieles que entumescian sus cuerpos en el dintel de la puerta, y saltan en medio del paraiso con aquella esbeltez y aquellas formas graciosas que quiso robarlas el Invierno, envidioso de que hubieran embellecido con ellas á su antagonista el Verano.

La muger, vestida de blanco, con un ramo de flores en la mano, cuando se oye rugir el viento que hiela á las gentes que andan por la calle, parece la paloma que ha salido del arca y vuelve á anunciar á los del baile que yá ha terminado el Invierno, ofreciendo en prueba de su veracidad, el verde ramo que acaba de arrancar del tallo.

Hé aquí los medios de que se ha valido el hombre para esquivar las leyes de la naturaleza. Disfrutando á su antojo y por intervalos los goces que continuados le empalagan, es como puede decir que el Invierno es preferible á todas las estaciones. Si su fortuna le permite vivir en un palacio, mansion del lujo y de los placeres, no atravesar la calle sino encerrado en un carruage, y ver por los cristales del telescopio la nieve que sepulta á los que atraviesan la sierra, puede decir que no hay nada mejor que estos meses del año. Pero no hay que culpar únicamente á sus riquezas en esa justa predileccion, porque todos los tesoros del mundo no son bastantes á embellecer del propio modo el Verano improvisando en medio de sus calores el frio del Invierno. La luz, no el sol, de aquella estacion, abrasa, y es necesario

vivir á oscuras ó resignarse á sufrir las plagas de insectos que la acompañan.

De lo dicho hasta aquí se inferirá quizás que el Invierno es preferible al Verano, y esto no es exacto, por más que sea nuestra opinion particular y la de muchos otros que nos prestarían sus firmas si tuviésemos tiempo de recogerlas. Pero las calles de Madrid nos sacan del *comfortable* salon, para enseñarnos en revista sus principales acontecimientos; y el lector nos dispensará si pasamos como sobre ascuas por *las fiestas de Navidad*, porque tantas veces nos hemos visto obligados á narrarlas en prosa y verso, y tantas ediciones legítimas é ilegítimas se han hecho de nuestros artículos, que yá deben saberlo de memoria nuestros lectores. Para los que no tengan tan rara habilidad, hemos dicho otras veces que no escribimos, y aún que los tenemos por réprobos y gente de mal gusto, con otras cosas que ahora no se repiten porque no conviene, y no conviene porque.... Tampoco conviene decir el por qué no es conveniente decir las; la mejor palabra es la que nunca sale de los lábios, y el que no habla no yerra. Motivos hartos debemos de tener para tanta reserva, y el lector debe respetarlos, en gracia si quiera de lo mucho que hemos hablado en los artículos anteriores.

Desde que sonó la última campanada del reloj que señalaba las doce de la noche del dia 31 de Diciembre de 1848, le hemos dirigido una filípica mensual, sin omitir en ninguna de ellas el menor rasgo característico y gráfico de los usos y costum-

bres de los habitantes de Madrid. Ofrecímosle entonces, si mal no recordamos ahora, demostrar con cien ejemplos prácticos; que el espíritu innovador de la época no habia cambiado la esencia de los usos característicos de la Corte, por más que las modas de Francia hubiesen enviado una propaganda al efecto, y tenemos la convicción de no haber faltado á nuestra promesa.

Los constitucionales que fueron á *esperar los Reyes* en el mes de Enero; las renegadas manolas que en Febrero *mantearon los peleles de paja*; el pueblo todo que asistió en Marzo á lo que nadie sabe, por qué se llama *entierro de la sardina*; los que *comieron un cordero* en el mes de Abril; los que pidieron el dia 3 de Mayo *un cuarto para la cruz* y los que en Junio se aburrieron una noche y otra asistiendo á las *verbenas*, todos esos nos sirvieron para salir airosos de nuestro empeño en la primera mitad del año. Allí tomamos aliento para proseguir nuestra obra y pronto Julio nos suministró nuevas pruebas con la continuacion de las *verbenas* y los inveterados *baños del afligido Manzanares*; Agosto nos presentó los jubileos de *la Porciúncula*, de *San Cayetano* y de *San Lorenzo*, con la misma concurrencia del siglo XVIII, gráficamente disecada; Setiembre sacó á relucir *trastos viejos* en medio de las calles, que los ancianos juraban ser los mismos que se habian puesto en venta todos los años desde el mil setecientos y tantos. Tambien Octubre tuvo parte en la esposicion de ese museo de antigüedades, y Noviembre, con *la visita á los cementerios y los bu-*

ñuelos, *San Eugenio y las bellotas*, nos ha probado que teníamos razón cuando dijimos:

«La sociedad moderna de este pueblo no ha abjurado aún de sus antiguas costumbres, por más que á primera vista lo parezca. Bajo esa fisonomía vaga, superficial y frívola, oculta un corazón que late por cultivar los usos de sus mayores y tiembla cuando imagina que podría perderlos algún día.»

Pero si tanto tenemos que agradecer á los meses citados y trascurridos, ¿qué no debemos al presente? ¿Hay un solo día en los treinta y uno del mes de Diciembre, que no sea una prueba palpitante de la verdad de nuestro aserto? Pasémosle ligeramente en revista y los títulos no más de sus fiestas bastarán á nuestro propósito.

Los tambores con que los chicos atruenan nuestros oídos todos los días, son un anuncio de que las *fiestas de Navidad* se van á celebrar del propio modo que nuestros padres dicen haber oído á sus abuelos que las celebraron los suyos. El corregidor constitucional no duerme tranquilo hasta dejar firmada una copia del bando que está en el archivo de las casas consistoriales desde que hubo en Madrid regidores perpétuos; por él se permite colocar los nacimientos y los pastores de barro en la plazuela de Santa Cruz el día 9 de Diciembre, y los dulces en la Plaza Mayor el día 18. Los empleados de la aduana, apenas tienen tiempo de registrar los regalos que de todos los pueblos de España vienen á la Corte en esos días; los criados ven próxima la

propina de las Pascuas, y es el único mes en que sirven bien á sus amos; los escribientes de las oficinas, acuden ántes de la hora ordinaria al trabajo, porque desde que entraron de meritorios se les anunció una gratificación el día 24; los cesantes se rien aunque les digan que no hay un real en el Tesoro, porque saben que no hay ministro de Hacienda capaz de negarles la paga de Navidad; y en suma, por todas partes y en todas las fisonomías se advierten anuncios de las fiestas del mes de Diciembre. Los confiteros esconden á toda prisa los dulces modernos y las cajas de carton francés y llenan los escaparates de sus tiendas con las anguilas y los besugos del mazapan de Toledo, metidas en cajas de pino y adornadas con palomitas de almidon. Los fondistas y pasteleros franceses se cruzan de brazos, convencidos de que para cocer un besugo y asar un pavo, se bastan y se sobran todas las mujeres de Madrid.

En medio de esos preparativos y para que nada falte á la copia que hace el siglo XIX del original que se pintó en el XVIII, el primer sábadó de Diciembre se publica la *bula de la Santa Cruzada*, con los mismos maceros, los mismos timbales y del propio modo que los años anteriores. El pueblo no acude á oír el pregon, pero se dá por avisado de que la bula está de venta en las librerías, y acude á comprarla, para poder comer carne ciertos días del año, y para llevarla consigo al emprender el último viage de la vida. Si es grande de España ó título de Castilla ó caballero cruzado, le cuesta 60 rs. el privi-



legio, y si no es ninguna de esas cosas paga media peseta y está corriente.

Con las bulas de su esposa, hijos, criados y demás gente de casa en el bolsillo, se lanza el padre de familia en la plazuela de Santa Cruz y compra un nacimiento para los niños pequeños, y pande-retas, tambores, chicharras, rabeles y otros agrada-bles instrumentos por el estilo, para que le *alegren* los oídos el día 24 de Diciembre. Compra en seguida un calendario para el año próximo, vuelve á su casa, rebosando gozo por todas partes ménos por los bol-sillos, y abriendo la gaveta de los ahorros dá carta blanca á su esposa para que se *despilfarre*. La mayoría de nuestros lectores sabrán apreciar todo el valor y el arrojo que se necesita para semejante autorizacion. Afortunadamente las facultades que adquiere la carísima mitad, tienen un límite, uno solo. Le está prohibido pasar ese día por la calle del Cármen, Mayor, Montera y otras donde haya comer-cios de telas; le está permitido gastar sin tasa en artículos de uso interno; pero no puede comprar ni una sola cinta, ni un moño ese día. Pero si *ahorra....* si tiene la habilidad de pagar mil reales por lo que no importaba más de cien.... en ese caso, varía la cuestion. Terminadas las fiestas de Navidad puede decirle á su esposo, que se va á comprar un corte de vestido con los 900 rs. que ahorró el día de Noche-buena.

De cualquier manera que sea, llega la hora de la *colacion*, y lo que pasa en las casas, mejor que noso-tros lo sabe cada uno de los lectores. La manera de

comer la sopa de almendra, el besugo, las ensaladas y los turrones, pertenece á la vida privada, y no dirémos de ello una sola palabra por nada ni por nadie. Los pavos que son pasados á cuchillo el primer día de Páscoa, no escitan nuestra caridad, y los dejamos ¡bastante trabajo tienen! entregados al torpe brazo que los hace trizas contra todos los principios del arte culinario y de la ciencia anatómica.

El mismo silencio guardamos con las demás festividades que dan fin del año, porque como para todas ellas se reúnen y aíslan las familias, no queremos violar el sagrado de ninguna de ellas. Si dan propina al cartero que les felicita las Páscoas; al sereno del barrio que se las desea felices; al repartidor de periódicos que se las pide en verso; al portero que les felicita en prosa, y á tantos otros como les manifiestan su adhesion en esos días, hacen bien; *si no están en casa* cuando va esa gente, ¡cómo ha de ser!

Únicamente recomendamos á los padres de familia que no se olviden de encargar con anticipacion un palco para la funcion del teatro en cualquiera de las noches de Páscoa, porque semejante requisito es tan indispensable como el del pavo asado y el de la sopa de almendra.

Por último, y hora es yá de terminar este artículo, el postrero del apostolado que hemos escrito este año, si tú, lector querido, *echas los años* el día 31 de Diciembre (y advierte que eso de *echar los años*, no quiere decir que pierdas uno solo de los que

tienes á cuestras), si echas los años procura salir conmigo para el próximo de 1850.

Desengáñate, amigo mio, la cosa no tiene remedio; tú y yo hemos nacido el uno para el otro, y hemos de vivir juntos, hasta que á Dios le cumpla romper este contrato llamando á rendir cuentas á una de las partes. Lo único en que yo puedo complacerte, y esto te probará que deseo hacerte llevar la compañía, es procurar averiguar dónde se vende el ingenio, y adquirir tal porcion de él, que cuando vuelva á escribirte no sean *doce artículos*, tan pesados y tan malos como los que te ha dado en esta ocasion, tu obligado amigo y S. S. S.

Q. T. M. B.

ANTONIO FLORES.

